



EL CATÓLICO

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

Qui autem perseveraverit usque in finem hic salvus erit.
(Math. XXIV, 13.)

Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.
(Math. XXIV, 13.)

LA CALMA EN LOS AFECTOS

I

Hemos hablado de la moderacion en el dogmatismo; y ¿qué diremos ahora de la moderacion en los afectos, y de la otra, consecuencia natural de ésta, en las formas y en las frases? Hay que distinguir aquí tres especies de adversarios, con los cuales se puede entrar en polémica: los unos, manifiesta y firmemente católicos, á quienes dicho se está que se debe toda caridad y respeto, cuando quiera que nos parezca deba combatir algunas de esas doctrinas. Y si alguna vez nos separásemos de este propósito, desde luego retiraríamos toda palabra dura ó irreverente.

Otros hay que yerran por flaqueza de entendimiento, y aquí nos parece justo distinguir á los errados de los errores; pues si á los que yerran se debe la mayor indulgencia, no por esto nos hemos de juzgar dispensados de emplear la conveniente energía en el combatir el error, ora mostrándolo contradictorio y ridículo en sí mismo, ora oponiéndolo á las doctrinas que en otros escritos profesen

los errados, ora, en fin, evidenciando las funestas consecuencias que puede producir.

Bien vemos (¿y quién no lo ve?) que el descrédito, la ridiculez ó la malignidad de una doctrina tiene que producir algun público desdoro para su autor. Pero, mientras que nosotros respetemos su persona, ¿débese atribuir su descrédito á culpa nuestra, ó más bien á la Providencia divina, que sellando toda accion social con honra ó con vituperio público, quiere estimular así la fuerza de la voluntad humana hácia el bien, castigar la cobardía que por lo comun en este punto suele acompañar á las transgresiones en apariencia más involuntarias, impedir el abuso que los impíos suelen hacer de la confianza en que se los ha de suponer errados con buena intencion, y salvar á muchos sencillos é ignorantes del peligro en que pudieran caer por aquella lectura? Pues en resúmen, sea cual fuere la recta intencion del inocente que yerra, ¿pierde acaso por esto el error sus funestas propiedades cuando se transmite al público, ó más bien no se

agravan por el propio buen nombre de su propagador, que, léjos de hacerlo sospechoso, lo hace aceptable? ¿Y no es un gran bien para la sociedad que los ignorantes, á quienes muchas veces no ilustraría la fuerza de las razones con que se refuta el error, aprendan á evitarlo por temor al desdoro que le acompaña?

¡Ojalá lo entendieran así los escritores, y aprendieran á buscar, por amor á su propio nombre, la censura prévia, que deberian desear en gran manera para no exponerse al peligro de dañar á las almas de sus prójimos!

Hay además una tercera clase de polémica con que un periodista católico debe combatir, ya á los enemigos manifiestos de la Iglesia, ya á las asechanzas de los insidiosos mal encubiertos con el transparente velo de la hipocresía. Que tales escritores causan el mayor daño á la sociedad, cosa es que nosotros debemos aquí suponer indudable, tanto más cuanto que hablamos á católicos. Por eso, cualquiera que sea el vituperio que se lance contra un libro, con tal que sea merecido, nunca será incompatible con las leyes de justa moderacion. Toda la cuestion puede mirar únicamente á los que yerran ó al público; y tanto respecto de los unos como del otro, no cabe duda en que la única norma de la censura debe ser el fin á que la misma se dirige. Ahora bien, la censura pública debe tener por fin principal el bien público, pues quien busca el bien de un particular, no necesita de la prensa. Esto no obstante, si fuese posible unir la defensa de lo que á todos importa con la indulgencia hácia la persona del autor censurado, seria rigorosa obligacion que esto no se omitiese.

Así, pues, las leyes de la moderacion se reducen á determinar qué grado de calor y qué severidad de formas se necesita para inspirar al pueblo horror á ciertas doctrinas, y para advertir á un escritor segun la distinta disposicion en que el mismo puede hallarse.

Propuesto así el problema, se resuelve por sí mismo. El libro que contiene errores puede ser de tal forma y lenguaje, que ó sólo hable á sabios profundos, ó que esté al alcance de la multitud más indocta. La primera clase de libro es evidente que exige, sobre todo, racionios robustos, si bien cierto grado de calor y de elocuencia puede ser muy conveniente para mover los afectos: ¿por qué razon estaba prohibida en el Areopago la elocuencia, sino porque ejerce grande influjo aún en el ánimo de los más sábios é instruidos? Pero si el libro perverso está al alcance del vulgo, al alcance del vulgo debe tambien estar la refutacion, manifestando el error en toda su deformidad, y persuadiendo cuanto sea posible de la verdad opuesta. Ahora bien, ¿cómo debe hablar el que desea persuadir al vulgo? ¿Hay álguien bastante inocente para creer que el vulgo es capaz de prestar su atencion á grandes racionios, que prestándola comprenda su fuerza, y que una vez comprendida, la siga con la tranquila deliberacion de su voluntad? Extraña persuasion sería ésta, contradicha desde muy antiguo por todos los maestros de elocuencia, para quienes fué ley solemne: *Si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi*. Y ¿cómo el vulgo ha de percibir que es blasfema contra Dios una proposicion, cuando el censor, á quien debe suponerse persona sensata, de probidad y firme-

mente católica, no la nota en un escritor herético sin hacerle antes mil saludos y cortesías, mostrándose dudoso de si realmente merece vituperio, y saliendo fiador de sus rectas intenciones, sin acompañar su censura de un solo movimiento de desden ó de una palpitation de horror?

Si con tanta cortesía y miramientos se ha de tratar á las blasfemias de ciertos escritores, largados á sangre fria en sus gabinetes para escandalizar á pueblos enteros y á mil generaciones, ¿por qué razon, dirá el vulgo, tanta severidad con nosotros, pobres artesanos ó carreteros, marineros ó taberneros, cuando en un momento de cólera se nos escapa una mala palabra que escandaliza solamente al mulo, ó cuando más á la taberna? ¿Cómo el vulgo ha de comprender que tan grave mal amenace á la sociedad con los falsos principios de que esté plagado un libro, si ante peligro tan grave no ve en nosotros, no ya movimiento alguno de horror ni ímpeto de cólera, sino ni aún la más pequeña alteracion en nuestro semblante, el más pequeño latido en nuestro corazon, ni la más leve emocion en nuestras palabras? Poco acostumbrado como está, no ya á moderar en sí mismo los arrebatos de su pasion, ni aún á disimularlos, mal se persuadirá de que si el censor hubiese visto tanto malo en aquel libro, haya podido ser dueño de sí para no darlo á conocer ni por una señal siquiera de indignacion. Y aun siendo completamente dueño de sí mismo, ¿por qué razon habia de disimular un afecto tan justo como generoso, cual es la abominacion de la culpa y la caridad de preservar de ella al prójimo. La frialdad, pues, de la censura, dirá el vulgo en su

corazon, no de otra causa puede nacer si no de que la culpa es muy leve, ó de que no hay peligro alguno en que corra el error censurado; y hé aquí fomentado en el vulgo, por los mismos que quisieran evitarlo, el espíritu del indiferentismo, mortífera plaga de la sociedad moderna. Y notadlo bien, que cuando hablamos del vulgo, nos referimos tambien á innumerables de los que calzan guantes y botas de charol; en fin, á la mayor parte de la sociedad, en quien la naturaleza obra segun las leyes ordinarias, y que quieren ver los afectos con los ojos, más bien que creerlo bajo palabra. El hablar, pues, al pueblo friamente, demostrando las verdades sin mover los afectos, es camino seguro de hacer que el pueblo sea al fin arrastrado insensiblemente por el error.

Esto es justamente lo que desean aquellos que no cesan de gritar contra la consabida virulencia de los periódicos clericales. Y no van descaminados, pues en rigor, queriendo estorbar el fin, por fuerza deben querer estorbar el uso de los medios. Pero vosotros, católicos, que queris sinceramente defender al vulgo contra la impiedad de tantas novelas apasionadas y corrosivas, de tantos socialistas rabiosos é hipócritas que fingen tomar la defensa del pueblo contra sus opresores, de tantos incrédulos que presentan á la Iglesia como objeto de burla, y al Clero como sanguijuela de los bolsillos; ¿queris que á este pueblo así excitado todos los dias por las pasiones, divertido con chistes, espoleado por el aguijon del interés, sus apologistas le enseñan la verdad haciéndole dormir con silogismos.

(*Civiltà católica.*)

SECCION PIADOSA

DOMINGO II DE CUARESMA

El Evangelio de la presente Dominica está tomado del capítulo XVII, versículos 1 al 9, según San Mateo:

«Jesús tomó consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo les aparecieron Moisés y Elías conveniendo con Él *de lo que debía padecer en Jerusalem*. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí: site parece formemos aquí tres pabellones, uno para Tí, otro para Moisés, y otro para Elías. Todavía estaba hablando, cuando una nube resplandeciente vino á cubrirlos, y al mismo tiempo resonó desde la nube una voz que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: á Él debeis escuchar. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseidos de un gran espanto; mas Jesús se llegó á ellos, los tocó. y les dijo: Levantaos y no tengais miedo. Y alzando los ojos, no vieron á nadie sino sólo á Jesús. Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.»

La vida mortal de nuestro adorable Redentor es una serie no interrumpida de lecciones prácticas, que, ya de palabra, ya con acciones, nunca deja de enseñarnos; porque Él es el divino modelo

que debemos imitar si queremos ser perfectos, y sus mismas obras, que no sólo sus palabras, son preceptos que debemos cumplir, puesto que cuando obra y no habla, nos enseña qué obras debemos practicar.

En el presente Evangelio toma Jesús á sus discípulos separadamente, y los lleva á una montaña muy elevada, para hacerles allí testigos de su Transfiguracion gloriosa, y participantes de la gloria que en el Tabor se disfruta. Así es como acostumbra manifestarse á los fieles que, encerrándose en la soledad de su alma se elevan, por medio de la oracion, sobre las miserias de este mundo. Por el contrario, los que ponen toda su atencion en las delicias de la tierra ¡delicias bien falaces por cierto! y á ellas viven apegados como si fueran su último fin, á esas infelices almas, como no participan, á la manera que los apóstoles predilectos del Señor, de las ignominias de la cruz, no les dá á gustar el Señor el riquísimo bálsamo de sus inefables consolaciones.

El cuerpo desfigurado hoy, abatido, consumido por las asperezas del ayuno y la mortificacion, brillará mañana como sol en perpetuas eternidades; y esta esperanza dulcísima que alienta los rigores del más austero penitente, que da calor y vida á los trabajos apostólicos del fatigado misionero, y sostiene el vacilante paso del confesor de Cristo que, desgarrado el cuerpo, pero radiante de alegría el alma, marcha, el espíritu, animoso á sellar con su sangre la fé católica; esta esperanza, decimos, es la que debe acompañarnos siempre, si no queremos desfallecer ante las contradicciones que sufrimos, ni ser vencidos por los obstáculos que á nuestra salvacion se opongan; obs-

ráculos y contradicciones que más de una vez nos harán guerra. porque escrito está: *Todos los que piadosamente quieren vivir en Cristo sufrirán persecucion.*

CRÓNICA GENERAL

El *Observatore cattolico* de Milan, uno de los periódicos más autorizados de Italia, publica la siguiente importantísima noticia.

«Os anuncié unos meses há que el Padre Santo pensaba dar al mundo una nueva Encíclica, y creo ahora que está próximo el día de su publicacion.

»El nuevo acto del Pontífice tiene la mayor importancia para los católicos militantes. Quiere el Papa suprimir las causas que siembran tantas divisiones entre los católicos, especialmente en Francia y en Italia. Y como los principios sociales sofisticados del catolicismo liberal son la causa principal de esas divisiones, la Encíclica dejará consignados los principios fundamentales que deben abrazar y defender los católicos, los principios sobre los cuales se basan la Iglesia y la sociedad civil, los límites dentro de los que pueden ser aceptadas las ideas modernas, las relaciones que son comunes á la Iglesia y al Estado, y la separacion absoluta, es decir, el abismo que divide al espíritu católico del espíritu de la revolucion.

»De suerte que la Encíclica tendrá dos partes que se coordinarán entre sí, destinadas igualmente á iluminar á los católicos, disipando los densos nubarrones aglomerados sobre las doctrinas por el liberalismo y el filosofismo. No es necesario decir que la base de la Encíclica está en las doctrinas del *Syllabus*, y que

se arrancará el último pretexto al catolicismo liberal, hoy refugiado y resguardado con la fórmula de la *tésis* y de la *hipótesis*. Esta fórmula, que puede tener un sentido justo si se la explica segun los justos principios del catolicismo puro, pero de la que se ha usado mal en Malinas y otros puntos, será resuelta en conformidad con las doctrinas del *Syllabus*.

»Es indudable que la Encíclica tendrá en el campo político-religioso la misma importancia que la Encíclica *Æterni Patris* en el campo filosófico.

El viénes hizo ocho dias que el Papa recibió en audiencia particular al Reverendo Padre Cataldo, de la Compañía de Jesús, Superior general de la mision de las Montañas Rocajosas, mision que data de 1840, época en la cual no habia allí un solo católico. Hoy los católicos pasan de 100.000, existiendo varias tribus católicas en su totalidad.

Su Santidad sigue oponiendo santa resistencia á las nuevas leyes impías que se preparan en Italia. Ha protestado con gran energía contra el proyecto de divorcio. Todo el Episcopado se ha adherido á esta protesta. Las asociaciones católicas están promoviendo con gran celo un plebiscito contra esa inmoral é impía ley que trata de darse al pueblo italiano. Más de dos millones de firmas se cree reunirá la protesta que el pueblo católico dirija al Parlamento con este motivo.

Además de Mons. Capecelatro, de la Congregacion del Oratorio, y Monseñor Dusmet, monje benedictino y Arzobispo

de Catania, dícese en Roma que serán promovidos á la dignidad cardenalicia el mayordomo de Su Santidad, Monseñor Theooly, y el antiguo Nuncio en Portugal, Mons. Aloisi-Masella.

Haciéndose cargo *La Civiltà* del importante acto llevado á cabo por el clero de Barcelona, lo aprecia y califica de la manera que reproducimos sin omitir una palabra:

«Un ejemplo digno en verdad de ser imitado por todos los que aprecien los nobles y grandes servicios que la prensa católica presta á la religion no ménos que á la sociedad, es el que han dado eficientemente los sacerdotes de la diócesis de Barcelona. Estos, en testimonio de la profunda estima y gratitud que alimentan hácia el egregio Sr. Llauder, el intrépido y valeroso director del CORREO CATALAN, le han ofrecido una pluma de oro con un mensaje de 750 firmas de entre 800 sacerdotes que cuenta la diócesis. Es inútil decir que esta bella manifestacion ha sido profundamente agradecida por el digno publicista católico y hace gran honor á los sacerdotes que la han sabido concebir y llevar á cabo.

Con qué, ya lo saben los que han atacado este acto, y los que han criticado por él á sus autores. «Es un ejemplo digno de ser imitado» el que ha dado el clero de Barcelona y «hace honor á los sacerdotes que le han concebido y llevado á cabo.» Así lo juzga *La Civiltà*.

El Sr. Obispo de Urgel solicita que se le devuelva el edificio que ocupa el Ayuntamiento del mismo pueblo, y que es de antiguo conocido con el nombre de palacio de Guisona.

El P. Branda, Superior de los Talleres Salesianos establecidos en Sarriá, hallado á Granada á realizar la promesa que hizo de encargarse de la asistencia y educacion de cinco niños que hayan quedado huérfanos á causa de los terremotos.

Un bienhechor anónimo va á fundar en Sevilla, segun un periódico de aquella capital, un asilo para huérfanos y viudas, donde podrán ingresar los que hayan quedado por consecuencia de los terremotos de las provincias de Granada y Málaga. Parece que el propietario del palacio del Duque de Osuna ha ofrecido este edificio para la instalacion de ese establecimiento benéfico.

Ha muerto en Lóndres el Cardenal Mac-Cabe, Arzobispo de Dublin. Su muerte ha sido una gran pérdida para la Iglesia, á cuya defensa consagraba su vida, y muy especialmente para Irlanda, cuya causa nacional defendia, dentro, por supuesto, de los límites de la verdad y de la justicia.

CRÓNICA LOCAL

INSIGNE MALA FÉ

Nuestros lectores conocen el empeño con que hemos procurado siempre, guiados por un deber de justicia como periodistas católicos, retratar á *El Bien Público* tal como lo juzgábamos en realidad, es decir, como uno de aquellos periódicos que instigados por el vano afán de servir y contentar á un tiempo á dos señores, Dios y el mundo, reducen su labor á encender diariamente una ve-

la á San Miguel y otra al que yace aplastado bajo sus piés. Mas, ingénuamente confesamos que este nuestro juicio ha resultado al fin erróneo; pues *El Bien Público* mismo, y con sus propias obras, viene cada dia probándonos, que si bien es abeja bastante industriosa para producir en veinte y cuatro horas cera suficiente para esas dos velas diarias, las elabora hoy de tal modo, que la de San Miguel queda reducida á ínfima y diminuta cerilla, y á cirio de colosal tamaño la que ofrece al padre de todas las diabluras.

Creemos haber puesto de manifiesto, sin temor de haber levantado calumnia alguna á *El Bien Público*, como lo corrobora el obstinado silencio que guarda ante los cargos que le dirigimos, fundados en sus mismas palabras, el modo irreverente, inícuo y protervo con que este periódico ha tratado siempre á la Iglesia en la persona augusta del Prelado diocesano, ya impugnando su Autoridad y rebelándose contra ella, ya sirviendo, en todo tiempo, de receptáculo donde los enemigos, ora declarados, ora solapados de la Iglesia, han derramado todo el odio que brota del orgullo y la soberbia de los que creen, ó aparentan creer, que los preceptos evangélicos se reducen á tratar á los enemigos de Dios con todas las dulcedumbres de la caridad, y á sus fieles hijos con todo el rigor y menosprecio con que, allá en las Indias, se trata al paria infeliz.

Mas, bien dice el refran, «quien hace un cesto hace ciento.» Así es que *El Bien Público* no contentándose ya con recusar la autoridad de su propio Prelado, lleva su docilidad y reverencia hácia la autoridad de los sagrados Pasto-

res hasta el extremo de presentar en sus columnas al venerable Obispo de Plasencia como si fuera un revolucionario y sedicioso ante los poderes del estado civil, ganoso quizá, *El Bien Público*, de verle aparecer flagelado, escupido y coronado de espinas en el balcon del pretorio, para señalarle á la plebe, sedienta de la sangre del Justo, repitiendo aquellas nefandas palabras del desdichado gobernador de Judea: *Ecce Homo*.

No significa ciertamente otra cosa la manera con que *El Bien Público* ha insertado la reciente Pastoral de tan insigne Prelado, truncando casi todos sus párrafos y omitiendo todos aquellos en que el venerable Obispo sienta, robustece y corrobora su doctrina, con treinta y dos textos de la Sagrada Escritura, de los cuales no aparece ni siquiera uno solo en las columnas de *El Bien Público*, para que resulten así como gratuitos los cargos que lanza el Prelado, y no como consecuencia lógica é inmediata de la Ley de Dios.

Yá fin de que los lectores de *El Bien Público* no puedan descubrir en esos párrafos tan lastimosamente dislocados y truncados, la expresion de la verdad que, aún así y todo, resplandece en ellos, á modo de ignominioso INRI de la cruz en que *El Bien Público* intenta enclavar á un Príncipe de la Iglesia católica, los hace preceder de un preámbulo ó cabecera, que á continuacion copiamos á fin de que se vea que hasta en sus signos ortográficos, trascienden la rabia, el despecho y el instinto regalista de *El Bien Público*, no ménos que el pobre juicio que le merece un documento digno de respeto y veneracion para todo católico; por el mero hecho de estar suscrito por un

Obispo en gracia y comunión con la Santa Sede:

«PASTORAL DEL SEÑOR OBISPO DE PLASENCIA»

(Falta aquí el tratamiento que, hasta los herejes dan á los Obispos Católicos; omisión muy significativa en *El Bien Público* que, aun á los mal llamados pastores protestantes, les concede en sus columnas el tratamiento de REVERENCIA).

«El Sr. D. Pedro Casas Souto» (como si dijera el ciudadano Casas) «obispo» (eso es, con letra minúscula) «de Plasencia, ha dirigido al clero y fieles de su diócesis» (otra letra minúscula) «una pastoral (otra *idem*) en que despues de lanzar *acerbas* recriminaciones contra el Estado moderno» (ahora sí, **LETRA MAYÚSCULA**) «califica de a terías de la revolucion las transacciones de nuestro actual gobierno, y combate las doctrinas defendidas por el presidente del Consejo de ministros» (letra **MUY MAYÚSCULA**) «en lo relativo á la enseñanza, á la dignidad de los obispos» (letra muy minúscula,) «á las relaciones del gobierno con el Papa y á la provision de los cargos eclesiásticos.»

Con estas palabras, que sólo el satánico espíritu de rebelion puede sugerir, predispone *El Bien Público* el ánimo de sus lectores contra las enseñanzas del Prelado, á quien hace aparecer como un temerario que no solamente lanza *acerbas* acriminaciones, es decir, crueles, rigurosas, desapacibles exageraciones de algun defecto, culpa ó delito, contra el «Estado moderno», verdadero Dios omnipotente, sino que hasta se atreve á combatir las doctrinas (??) del presidente del consejo de ministros en lo relativo á la enseñanza, á la dignidad de los Obis-

pos... y á la provision de cargos eclesiásticos; es decir, en asuntos que son, por derecho divino, de la competencia exclusiva de la Iglesia, la cual, «siempre agradecida á los que alguna vez la favorecen,» ha concedido al estado el derecho de patronato.

Ahora bien: ¿se puede dar mayor mala fé ni tratar de un modo más irreverente á un Obispo de la Iglesia Católica?

Mas, no hay mal que por bien no venga. Así es que la astucia de *El Bien Público* y todas las trazas y mañas que se dá para embaucar á sus lectores y procurar que la Pastoral del venerable Prelado de Plasencia escandalice á ciertos católicos, y crezca así la confusion en que se pretende sumirles, sólo han servido para que sea más leída la Pastoral y mejor conocidas las incontrovertibles y hermosas verdades que encierra, por muchos católicos que quizá hubieran ignorado el contexto de tan notable documento episcopal, si la saña y el encono no hubiesen hecho salir á *El Bien Público* de su calculada moderacion. Porque precisamente ese incalificable proceder de *El Bien Público* nos ha sugerido la idea de hacer tirada aparte de la Pastoral (la cual por su extension difícilmente hubiera tenido cabida en *EL CATÓLICO*), y repartirla hoy á todos nuestros abonados, quedando en nuestra Administracion los ejemplares sobrantes á disposicion de quien desee adquirirlos gratis.

Y en lo que se puede admirar, sobre todo, la.... frescura de *El Bien Público*, es en la omisión, casual por supuesto, ó sustitucion con puntos suspensivos, de cierto párrafo de la Pastoral que muy mucho interesa á sus lectores conocer, y que el Prelado señala á los fieles como

uno de los medios eficaces para que, justificados, «se aumente el número de los amigos de Dios.»

Dice así el párrafo á que nos referimos:

«Procuremos desaparezca tambien
»nuestra iniciativa, cooperacion ó servi-
»cios que de cualquier manera conduz-
»can á sostener, propagar y dar crédito á
»publicaciones periódicas, impías ó in-
»morales, ya lo sean con descaro, ya,
»CON MAYOR MOTIVO, *si mezclan la verdad*
»*con el error y la virtud con el vicio, de*
»*tal modo que fuese más fácil la perversi-*
»*sion».*

Despues de estas palabras, no causará á nadie maravilla la poca gracia que habrán causado á *El Bien Público*; ni á nadie asombrará que sienta hácia el venerable Prelado que las ha escrito, cuando ménos, igual amor y devocion á los que nos profesa á nosotros que las copiamos y difundimos, para dejar más patente y más clara la insigne mala fé de *El Bien Público*.

A las 5.000 pesetas que hasta la fecha nuestro Excmo. Prelado ha remitido á los de Granada y Málaga, para sus respectivos diocesanos que tanto sufrieron con los recientes terremotos, tenemos hoy que añadir 505 pesetas que, aprovechando el primer correo, serán enviadas á esta última Diócesis; formando un total de 5.505 pesetas que de mano de nuestro venerable Prelado han recibido los de aquellas infelices comarcas.

Véase como *misiona* un metodista, agazapado entre las páginas mazorrales de *El Liberal*.

«La mision del obispo metodista Taylor al centro del África se compone de

53 personas casadas y solteras incluso 13 niños (*estos deben ser los viudos*).

«Lleva una imprenta y 50.000 biblias» (*¡horror!*) instrumentos de labranza, etc. ¡Siempre el sentido práctico inglés! En lugar de jesuitas la familia, en lugar de rosarios instrumentos de labor para adultos y la lectura para niños,» (*y en lugar de agua, ron.*) «Pobres habitantes del África meridional, como os vais á fastidiar sin escapularios ni reliquias de aquellas que hacen parar hasta los temblores de tierra.»

¿Sabe *El Liberal* para qué servirá ese horror de biblias protestantes? Pues oiga un parrafito que copiamos de la hermosa obra del esclarecido Padre Perronne de la Compañía de Jesús, «El protestantismo y la regla de fé:»

«Bien pesadas estas razones, nadie extrañará, á buen seguro, la completa indiferencia con que generalmente hablando, reciben los infieles las Biblias que con tanta prodigalidad se les distribuyen. La mayor parte, despues que las han deshojado y roto, las emplean para los usos más viles é ignominiosos, ó bien para envolver cosas: otros las venden como un objeto cualquiera; los zapateros de la China las compran para hacer de ellas tapas de zapatos; y hasta he sabido por un testigo ocular, que en América habia él mismo recorrido una vasta y dilatada campiña cuyos árboles y plantaciones habian sido ingertados con el papel de las biblias que habian repartido los misioneros protestantes.»

Ya ve, pues, *El Liberal*, que aplicadas á tantos usos distintos, y á otros que es de suponer sean en Africa muy frecuentes y apremiantes, 50,000 biblias protestantes no son, que digamos, cosa

del otro jueves; de modo que no les vendría mal á aquellos catecúmenos, el auxilio de otros 50,000 ejemplares de *El Liberal*, siquiera fuese para subvenir á las necesidades del *sentido práctico salvaje*, que, por lo visto, da cruz y raya al *sentido práctico inglés*, en el uso de las biblias protestantes, al ménos.

Y no se aflija *El Liberal* porque aquellos pobrecitos africanos se queden «sin escapularios ni reliquias que hacen parar hasta los temblores de tierra», pues mayores y más estupendos milagros obrarán los catequistas, á costa de los catecúmenos, por intercesion de las dos santas de la devocion particular de aquellos celosos metodistas: santa *Guinea* y santa *Sterlina*.

Por lo demás, no negamos que el *sentido práctico inglés* provee á todo, porque así como en Africa cuenta la mision con tan poderosas abogadas, los *pastores* llamémosles así por llamarles algo, que *misionan* en España é islas adyacentes, colócanse á su vez bajo la advocacion, valiosísima tambien, de otras dos abogadas no ménos reverenciadas por el gremio metodista: santa *Isabelina* y santa *Alfonsina*, que, si bien no «hacen parar los temblores de tierra», en cambio producen no pocos temblores... de codicia.

¿No es verdad, *reverendo* metodista, como diria *El Bien Público*?

—
Y á propósito de *El Bien Público*:

En su número correspondiente al martes último hemos leído un remitido en el que se afirma que existe un número, «aunque pequeño,» de espiritistas que están suscritos á *El Bien Público*; pero no espiritistas así como se quie-

ra, sino de aquellos «que constituyen una respetable (??) parte de este pueblo, la cual al ménos tiene el valor de sus convicciones y no titubea en confesar su creencia *urbi et orbi* en la vida futura y en la inmortalidad del alma.»

Enviamos la más sincera enhorabuena á *El Bien Público*, por el honor que le reportan y por el modo como vienen á confirmar y corroborar la ortodoxia de ese periódico, este número «aunque pequeño» de suscritores espiritistas que, como tales, le auxilian, le apoyan, le sostienen y le dan crédito.

Termina el remitido con la siguiente diablura:

«En estos tiempos de flamante materialismo, me parece ser el deber de todo buen católico y periodista el apoyar, ya que no defender á los *espiritistas cristianos de buena fé*.»

Arranques de esta naturaleza no necesitan ciertamente comentarios.

Mas, véase el que han merecido de parte de *El Bien Público*:

«Si sólo hubiésemos de consultar la conveniencia para elegir entre las dos escuelas (sic) que el remitente indica en su último párrafo» (*el párrafo sera del remitido, y no del remitente*), «ó sea entre el espiritismo y el materialismo, claro está, que teniendo presente aquel aforismo de sentido comun, *de dos males el menor*, optaríamos por el primero, pero condenados por absurdos ambos sistemas, por nuestra Religion Católica, no extrañe el autor del remitido no vernos al lado de uno ni de otro.»

A fé, que no sabemos que admirar más, si la *buena fé* con que el remitente pretende probar que se puede ser á la vez espiritista y buen católico, ó el tono

enfático y magistral con que *El Bien Público* concede los honores de *escuela* al racionalismo y al espiritismo condenados por la Iglesia, no por absurdos como asegura el teólogo *Bien Público*, sino como dos herejes de tomo y lomo, hijos naturales del padre comun de todas las heregías, el liberalismo.

De éste, y no del sentido comun, emana tambien el aforismo «de dos males el menor», con que *El Bien Público* trata de dar satisfaccion á uno de los espiritistas que constituyen un número, «aunque pequeño» de sus suscritores. Y lo ha hecho con tan mala suerte, que ese aforismo en persona se vuelve contra él y le pregunta airado: ¿pues entonces como es que, colocado *El Bien Público* entre los dos males, el liberalismo radical y el liberalismo moderado, ha optado por el último que es el mal mayor, segun tantas veces ha declarado y enseñado Pio IX, de santa é imperecedera memoria?

El aforismo católico es «de dos males, ninguno», porque como enseña la sana filosofía, el más y el ménos no alteran la esencia de las cosas.

Tenemos singular complacencia en consignar que la concurrencia de fieles á los sermones que por las mañanas, tardes y noches se predicán en las diferentes iglesias de esta ciudad, es verdaderamente extraordinaria; y esto á pesar de que los domingos por la tarde se predica simultáneamente en seis iglesias.

Deseamos vivamente que el fruto en los fieles corresponda al celo por los diferentes oradores desplegado.

Han sido espedidos los libramientos de 3.500 y 750 pesetas para las escue-

las católicas de Mahon y Villacárlos, correspondientes al ejercicio de 1884 á 1885.

Celebraremos infinito que, haciéndose efectivo el pago de la subvencion correspondiente al ejercicio de 1883 á 1884, quede regularizado este tan importante como trascendental servicio.

«En Villacarlos,» dice *El Liberal*, «tuvo ayer lugar la solemne bendicion del nuevo local que ha de servir de teatro al casino que lleva por nombre el de *Casino de la Union*.»

«El acto se verificó á las tres de la tarde ante una concurrencia extraordinaria. Despues de bendecido el local que ha de servir de casino y el que ha de servir de teatro, por el cura párroco D. Francisco de Asis Arbona, se obsequió á los convidados con un abundante refresco.

«Con que vamos á ver, señor Obispo: ¿Qué castigo impone V. á ese sacerdote que implora las bendiciones del Señor sobre un lugar destinado, segun dicen otros de sus ministros en el púlpito y los periódicos católicos en sus columnas, á centro de corrupcion é inmoralidad?

«¿Ó es que acaso la religion que estos apóstoles predicán tiene unos preceptos en Mahon y otro en Villacárlos?

«Ah! católicos de nuevo cuño, ¿cuándo acabareis de ponerlos en ridículo?»

Difícilmente se podria calcular toda la clerofobia que puede ocultarse debajo de un mandil, si de ella no nos dieran exacta medida las líneas preinsertas.

Porque, vamos á ver, *Excmo. é Ilustrisimo* señor *Liberal*:

¿Qué castigo podria el Prelado imponer á un sacerdote, despues del que le

ha impuesto *El Liberal*, con sólo estampar en sus propias páginas su nombre unido á la alteza de su cargo y de su ministerio, sin escupirle ni insultarle siquiera, es decir, como si fuera poco ménos que un cura liberal?

No sabemos que para el sacerdote católico pueda haber mayor ni más tremendo castigo que ese. ¡Y no está aún satisfecho *El Liberal*! ¡y aún anhela, busca, pide mayor castigo para un sacerdote católico! ¡Verdaderamente, es insaciable el ódio sectario!

Que se hayan impetrado ó no, las bendiciones del cielo sobre «un lugar destinado á centro de corrupcion é inmoralidad,» como dice *El Liberal*, no por esto dejará el mismísimo diablo de actuar en él como protagonista; pues las bendiciones de lo alto no descienden sobre los lugares, de los que se hallan poco ménos que proscritas la adorable enseña de la Redencion y hasta las imágenes sacrosantas de Jesucristo, de su Madre Santísima y de todos los Santos que forman su celestial cortejo, y donde sólo imperan los ídolos aborrecibles de todos los placeres.

¿Cuando dejarán los *católicos de nuevo cuño* de ponerse en ridículo? pregunta *El Liberal*.

La contestacion es obvia:

Quando unidos en «santa concordia de pensamiento y accion» con los católicos de abolengo, *que juntan en uno el amor de la Religion y de la patria con la probidad y el saber*, vuelvan al fin la mente y el corazon á Dios; y abominando y execrando con toda el alma todos y cada uno de los errores que se contienen en el naturalismo más vergonzoso, rompan de una vez todo trato, pacto ó conciliacion con todos aquellos que están

marcados con el sello de la bestia, como dice el insigne Obispo placentino.

Este dia, tan vivamente anhelado de todos los buenos, en que en sol de la verdad y de la justicia brillará con sus más espléndidos y encendidos arreboles; este dia que lucirá al fin para que la Iglesia santa enjугue las lágrimas que brotan de su lacerado corazon, y se regocije con los ángeles del cielo, acabarán *los católicos de nuevo cuño* de ponerse en ridículo.

Y tú, *Liberal iudesazufrable*, dejarás entonces de hacer el oso, pasando de la categoría de *traga bonetes militante*, á la ínfima clase de *zampa velas cesante*, ó hambriento, que dá lo mismo.

FUNCIONES RELIGIOSAS

PARROQUIA DE SANTA MARÍA: mañana la Asociacion de Hijas de María celebrará sus ejercicios mensuales con Misa de Comunión á las siete y visita á la Santísima Virgen.

Sermones y demás cultos en las parroquias é iglesias de esta ciudad, los dias y á las horas anunciadas en nuestro número anterior, predicando los mismos oradores sagrados.

PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN: el próximo viernes, como primero de mes, tendrá lugar en la capilla del Sagrado Corazon de Jesús la Misa de Comunión, exposicion del copon, oracion mental, estacion menor, acto de desagravios, letanías del Sagrado Corazon; terminándose con bendicion y reserva.

CÓRTE DE MARIA

Mañana se hace la visita á Ntra. Señora del Amor Hermoso en Santa María; lunes, á Nuestra Señora de la Purísima en San Francisco; martes, á Ntra. Señora del Cármén en el Cármén; miércoles á Ntra. Señora de la Anunciacion en San Francisco; jueves, á Ntra. Señora de la Esperanza en Santa María; viernes, á Ntra. Señora de Belen en San Francisco y sábado, á Ntra. Señora de los Ángeles en San Francisco.

Fábregues y Orfila, impresores.--Mahon.